

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO, APOSOTOLES DOMINGO XIII ORDINARIO

Queridos Hermanos y hermanas:

Celebramos hoy, unidos en un entrañable recuerdo, la fiesta de estos dos grandes apóstoles, Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia y testigos -cada uno desde su personalidad propia- de la fe y del amor a Cristo.

Pedro era pescador, de Betsaida. Pablo, un judío de Tarso, en la actual Turquía, de la tribu de Benjamín, de formación farisea. Ambos fueron llamados por Cristo Jesús: el uno, junto al lago de Genesaret; el otro, en el camino de Damasco, donde iba para perseguir a los cristianos. Ambos respondieron con prontitud y se convirtieron en personajes importantísimos en la historia de la primera comunidad.

No murieron juntos. Pedro fue mártir en el circo de la colina del Vaticano, en tiempos de Nerón. Pablo, poco más tarde, en la vía Ostiense, camino del mar. El primero, según una tradición muy antigua, crucificado cabeza abajo, porque no se sentía digno de morir como su Señor y Maestro. El segundo, decapitado. Cada uno de ellos tiene una basílica dedicada en el lugar de su martirio, -en el Vaticano y en la vía Ostiense-, basílicas levantadas en el siglo IV por Constantino, apenas iniciada la era de paz para la Iglesia. La comunidad les recordó juntos desde muy pronto, por el papel complementario que ambos tuvieron en los orígenes de la Iglesia.

La fiesta de hoy nos estimula, ante todo, a aumentar nuestra conciencia de Iglesia y, en concreto, de "Iglesia apostólica". El fundamento de nuestra fe es siempre Cristo Jesús; pero él mismo quiso que Pedro y los demás apóstoles fueran los fundamentos visibles, puntos de referencia de la unidad, de la fe, de la caridad. Como ahora lo sigue siendo el Papa León al frente del colegio

episcopal, que preside la comunidad desde la caridad y merece nuestro respeto y nuestra aceptación, no tanto por motivos apologéticos, sino teológicos, no porque tiene todas las cualidades y acierta en todo (ojalá sea así), sino porque Cristo ha querido una comunidad eclesial apostólica, basada en el ministerio de los apóstoles y sus sucesores.

No actuamos cada uno por nuestra propia cuenta. Somos Iglesia, comunidad reunida en la fe y el amor. Algunas oraciones piden a Dios que, ya que celebramos a los que son "fundamentos de nuestra fe cristiana", saquemos la consecuencia: "que tu Iglesia se mantenga siempre fiel a sus enseñanzas", o que "perseverando en la fracción del Pan y en la doctrina de los apóstoles, tengamos un solo corazón y una sola alma, arraigados firmemente en tu amor". En esta fiesta recordamos nuestras más sólidas raíces, el ministerio de Pedro y de Pablo, basados ambos en Cristo Jesús.

Es bueno que, al espejarnos en estos dos grandes apóstoles, veamos cómo se puede colaborar en la misión comunitaria desde temperamentos distintos, aprendiendo la lección del pluralismo.

Pedro y Pablo son dos figuras diferentes, pero al servicio del mismo evangelio. Dos apóstoles con carácter propio, con virtudes y defectos, con campos diferentes de actuación, pero ambos enamorados de Cristo y valientes testigos suyos. El prefacio de hoy ofrece estas pinceladas comparativas: 1) Pedro fue el primero en confesar la fe, /Pablo, el maestro insigne que la interpretó; 2) Pedro fundó la primitiva Iglesia con el resto de Israel, /Pablo la extendió a todas las naciones. 3) De esta forma, por caminos diversos, los dos congregaron la única Iglesia de Cristo, 4) y a los dos, coronados por el martirio, celebra hoy la Iglesia con una misma veneración.

No se les puede presentar como símbolos opuestos de "la autoridad" y "el carisma", entre otras cosas porque también Pedro fue un carismático y

Pablo un defensor de la autoridad. Ni se puede decir que uno fue particularista y el otro universalista: fue Pedro el que, antes que Pablo, admitió a la primera familia pagana, la de Cornelio, a la fe de Cristo, un poco en contra del parecer de su comunidad. Son diferentes, pero complementarios. Como dice el prefacio, "por caminos diversos, los dos congregaron la única Iglesia de Cristo".

Pedro con su profesión de fe y Pablo con sus escritos, nos invitan a ser también nosotros evangelizadores incansables en el mundo de hoy. Pedro con su actitud de amor ("tú sabes que te amo") y Pablo con su total identificación con Cristo ("todo lo puedo en aquel que me conforta"), nos indican dónde está la fuente de nuestra fuerza y de nuestra ilusión apostólica.

Pedro y Pablo nos enseñan a superar con valentía las dificultades que podamos encontrar en nuestro camino. En nuestra vida de cristianos y de testigos de Cristo, seguro que habrá días nublados, de abatimiento y de ansia.

El salmo responsarial lo podemos aplicar a tantos momentos de nuestra historia, eclesial y personal. "El ángel del Señor libraré a los que temen a Dios". Como dice con gozosa confianza el salmista: "Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias". Pedro lo experimentó en la noche de la cárcel, en un momento crítico para toda la comunidad. Pablo sintió la ayuda de Dios a lo largo de sus muchas peripecias apostólicas, cuando también él sentía dudas y miedos, y tenía que saltar por encima de obstáculos que parecían insalvables.

La Iglesia lo ha podido constatar a lo largo de dos mil años de existencia. Ojalá cada uno de nosotros, que seguramente sabe lo que es pasar por momentos de crisis y angustia, pueda experimentar, al recurrir a Dios, cómo nos alcanza su ayuda y su fuerza salvadora: "Y lo salva de sus angustias: me libró de todas mis ansias".